

Reportaje



EL MERCADILLO,

Aunque el sol se obstinaba en lucir con todo su esplendor, algunas nubes pertinaces se dedicaban a obstruir la testaruda tarea del rey de los astros. Aunque había nubes! Marigrá podría captar sin problemas la seductora cotidianeidad del mercadillo. La muchedumbre inquieta, abajo, subía y bajaba; miraba con ojos escrutadores y desconfiados los productos expuestos con ancestral descaro en los tenderetes. Las lonas multicolores de éstos, las voces de los vendedores, la mujer sofocada que intenta desesperadamente encontrar lo que busca mientras sumerge la mano en medio de la maraña formada por los trapos anárquicamente distribuidos... Son las once de la mañana. El mercadillo en todo su esplendor no nos empuja a un mundo irreal, onírico sino a la más elemental costumbre del ser humano: la venta, o mejor dicho el arte de vender a grito pelado, abrigando en la voz monótona y a veces, jocosa, la esperanza de atraer a posibles compradores.



No falta de nada, podemos encontrar desde cubos de plástico hasta aspiradoras

— Oiga, ¿de dónde son usted?

— ¡Zapatos, zapatos de me te y saca! ¡Madre mía que zapatos tengo este año! Por poquito dinero...! Si es una lástima vender por este dinero, madre de mi alma!

— Oiga, que de dónde son ustedes...

— De Jaén, ¿qué pasa?

— Se trata de un reportaje.

— ¿Un reportaje? Me mira desconfiado. Es un hombre maduro, con cara de inteligencia gatuna.

— ¿Qué tal se da la venta?

— Por que quiere usted que le diga. Algunos días bien y

otros no tan bien.

— ¿Cuánto paga Ud. por el puesto, vamos, por el terreno?

— Ochocientas machacantas.

— ¿Le parece mucho?

— Pos no está mal, oye. ¡Vaya zapatos, madre mía! ¡De mete v saca!

Seguimos caminando en medio del torbellino de personas, colores, olores y voces. Por doquier se oyen chistes alusivos al intento de golpe de Estado. Son chistes que te recuerdan la socarrona malicia, el sentido del humor del andaluz. Tejero, el blanco de las populares comparsas. Antes fue aquello de "con las bombas que tiran los fanfarrones"; ahora es aquello de "entró un civil con bigote,

propiedad de las hierbas?

— Sí, señor, sí. Y no como otros que no saben lo que venden. Y no están muy lejos de aquí, no. Mire usted.

Y nos enseña un marquito y en su interior una especie de ficha, una fotografía y una firma. La del Ministerio de Sanidad.

— ¿Y vende usted mucho?

— ¡Hombre, no me puedo quejar! Hay muchos padecimientos, ¿sabe usted?

— Y cuanto paga usted por instalarse aquí?

— Trescientas pesetas, señor.

— Y después ¿dónde va?

— A recoger los bártulos y pa Jaen y de paso a hacer una poca venta por ahí...

Evidentemente, ante las amas de casa copan materialmente a este boticario naturista. Curiosamente la mayoría son féminas y muchas con achaques. Seguimos caminando y contemplamos una especie de boutique peripatética regentada por dos jóvenes de Valdepeñas. Estos muchachos no tienen el terreno en propiedad, (no nos hemos apercibido de que en nuestro paseo hemos traspasado la frontera que separa los puestos fijos de los otros, los que hay que llegar primero

azú que mieo pasé". El vendedor ambulante con ojos legafiosos por el madrugón cuando ve que a alguien le puede interesar la mercancía sube el volumen del magnetófono.

Un olor dulce y aparentemente pesado me llama poderosamente la atención. Es un puesto de hierbas medicinales. Nos acercamos. Leemos algunas inscripciones en cartón amarillento colocadas en medio de un variado muestrario de hierbas: Para el riñón, para bajar la tensión, laxantes, para el hígado, los nervios y para todo tipo de padecimiento.

— Oiga, ¿Usted conoce las



La típica berenjena manchega y el trago de vino también están presentes en el Mercadillo



Uno de los vendedores mostrando al público sus productos

para instalarse).

— Nosotros tenemos un colega aquí que se encarga de cogerlos el sitio por la noche. Hay gente que viene el día anterior, marca el terreno y se queda a dormir en la furgoneta.

— ¿No ha habido pillaje en esto?

— Generalmente no. La gente respeta el rollo, no sé. Yo no sé de ninguna bronca.

— ¿Cuánto pagais por el terreno?

— Cuarenta duros.

— Tenéis problemas con la policía municipal?

— No, son buena gente...

Más abajo una señora de prominente y abultadas curvas grita a voz en cuello: "¡Pollos,

patitos, conejos! ¡Pa comérselos o pa lo que usted quiera, oiga..."

Hay muchos tenderetes con telas. Las mujeres rebuscan. Se oyen voces por doquier. Arriba el sol luce ahora con todo su esplendor. Los toldos multicolores de los puestos refulgen al saberse heridos por la luz. Marigrá dispara su cámara. Ha visto a unos gitanillos jugando en el suelo... Es fácil entonar la melodía del mercado persa de un autor que no recuerdo. Todo es real y cotidiano y antiguo, sobre todo antiguo.

Cuando regresamos algunos vacíos se habían producido entre la hilera de tenderetes. Dentro de una hora no quedarán más que cartones y papeles.



Vendedora gitana atrayendo a sus clientes

Hasta la tercera edad se acerca a comprar



Vista panorámica de nuestro mercadillo



Los vendedores ambulantes, la gangrena de los negociantes pulcros y flamígeros, parten hacia otro sitio. ¡Qué ancho mundo éste de aquí al lado, el del mercadillo, en el cual lo mismo te encuentras a un moro vendiendo que a un guineano, donde lo mismo puedes comprar un jamón que un aspirador.

— No se puede prohibir la venta ambulante por decreto, dije a mi compañera, son como chinches. Salen por todos sitios.

M. Valero

ESE MUNDO

